

# LA ANTORCHA DE UN SIMBOLO

HACE unos días la prensa gráfica de todo el mundo reproducía, con gran amplitud de documentos fotográficos, la noticia de un alucinante repunte. Un monje budista, Tchich Kuang Duc, de setenta años de edad, se suicidaba públicamente en una plaza de Saigón. Ante la reverente mirada de setecientos bonzos, arrojados suyos, el monje budista ha dejado que le rociaran el cuerpo con gasolina y aplicándose el mismo el fuego sobre su persona ha esperado lentamente el fin de su vida sin que de sus labios se desprendiera un solo quejido de dolor y si las oraciones que elevaba a su cielo para impetrar la libertad de su religión sometida bajo el yugo de un dictador.

Ha sido el gesto de la rebelión simbólica de un hombre que representando a la mayoría de su pueblo ha querido llamar la atención sobre las injusticias clasistas que diariamente pone en práctica un Gobierno totalitario y extremista. La mayoría de la población del Vietnam del Sur está constituida por hombres que practican la religión budista. En la silla presidencial de la antigua posesión francesa se sienta un hombre de sesenta y dos años, Ngo Dinh Diem, converso budista y actual practicante de la religión católica. François d'Harcourt, periodista francés y nada partidista en estas cuestiones, nos ha hecho del Presidente del Vietnam del Sur el siguiente retrato: «practica una política retrógrada, personal y autoritaria. En pocos años se ha convertido en un dictador que no admite contradicción alguna. Le irritan las críticas. Las más frecuentes son las que se refieren a los miembros de su familia» ocupan puestos en Palacio, en el Gobierno y en el Ejército. Su hermano Nhu es su mejor consejero. La señora Nhu no sólo motejada de eminencia gris del régimen. Otro de sus hermanos es arzobispo de Huế y jefe de la Iglesia católica del Vietnam. Un tercer es embajador en Londres. Igualmente, se le reprocha al Presidente —profundamente honesto— su ignorancia de la corrupción, que actúa como una gangrena, incluso en el seno de la administración y en los puestos más altos. Por si fuera poco su espíritu de católico intrasigente, muy apartado del auténtico sentido abierto del cristianismo, ha puesto en práctica una política de discriminación religiosa y de persecuciones antibudistas, siendo, como es, la religión budista



el credo que practica la inmensa mayoría de los habitantes del Vietnam del Sur. Los monjes budistas encabezando una protesta popular se han opuesto a las medidas de su Gobierno y han dicho que no alzarán sus manos contra los representantes del Estado, pero que continuarán su lucha pacífica ofreciendo sus vidas en aras de la libertad religiosa y de una política que no entienda de discriminaciones ideológicas. Estos, pues, ante otro de los muchos casos en el que un pueblo

se ha visto regido por un tirano virtuoso, practicante íntegro de la virtud y honestidad, y que para mandar permite que a su alrededor la virtud y la honestidad sean nada más que fango corrompido en el que pisan los pies de funcionarios sin escrúpulos. Y en nombre de la virtud manda ejecutar sus órdenes. También en nombre de la virtud perpetraron Bruto y Casio el asesinato de César.

Ante los ojos de los occidentales el suicidio es uno de los pecados más horrendos. Nues-

tra exquisita sensibilidad no soporta el espectáculo de un ser que a sí mismo arrebató su propia vida, en protesta religiosa y política. Sin embargo da su completa anuencia y conformidad a que otros hombres en «suprema razón de Estado» arrebaten, a diario, la vida de sus semejantes.

Pero las dos clases de muerte, aquella que convertida en una antorcha humana ha ardiendo como un símbolo en el lejano Saigón y estas otras más cercanas que se acaudalan en las cárceles o que van al encuentro de un pelotón de ejecución, atentan por igual al precepto divino y universal de: «No matarás».

JAVIER PEREZ PELLON



## “¿Qué es el éxito?”, pregunta M. Brando

El éxito puede ser la muerte, contesta Burdick

Cuatro famosos—un actor, un director de cine, un escritor y un periodista—han dialogado ante la TV. norteamericana acerca de la fama. «Cuando murió Marilyn Monroe—dice M. Brando—, rica, bella, decidida, sensible, divertida, todos los americanos quedaron impresionados profundamente porque parecía increíble que una persona así dotada pudiese morir de aquel modo. Mi pregunta es ¿qué opina del éxito? Todas las sociedades tienen unos mitos y unas creencias. En Norteamérica existe el mito de la fama, del éxito, como valores supremos. Los principios sociales están adaptados para hacer posible estas aspiraciones. Los postulados básicos son la competencia en una atmósfera de libertad, la libre competencia dentro de un juego legal.

Naturalmente, una cosa son los principios y otra la realidad. En el campo económico los monopolios han reducido a mera declaración formal el principio de libertad económica. Ahora son cuatro famosos los que ponen en tela de juicio el valor de fenómenos tan atractivos como la fama, el éxito, el dinero, etc. Fenómenos en

función de los cuales giran todos los otros dogmas sociales. La pregunta de Marilyn Brando tiene, pues, gran alcance.

M. B. ha contestado ante la TV. americana: «No estoy descontento de haber logrado la fama. El deseo del éxito es algo que se me ha inculcado; he crecido con esta idea, ya que ésta es uno de los principios fundamentales de nuestro país. Pero después de haberla conseguido me doy cuenta de que no vale la pena.»

Podría calificarse la vida de M. B. pues, según propia confesión, de pasión inútil. Sin duda los telespectadores se habrán sentido decepcionados al contemplar como se les derrumba voluntariamente un ídolo y habrán llegado a dudar de todo aquello que han envidiado, que han soñado en la vida de los grandes... Marilyn, James Dean...

Burdick, escritor, ha contestado certivamente a la cuestión: «Creo que el éxito es soportable, pero cuando el éxito está acompañado de estímulos y, sobre todo, de un enriquecimiento interior. Si no sucede así, el éxito es la muerte.»

Sin duda ninguna estas palabras habrán sonado a

raras. Una meta no propuesta nunca, no valorada apenas. A veces la competencia puede estar en contradicción con el enriquecimiento interior. A veces habrá que renunciar a la fama o al dinero para ser fiel a uno mismo.

M. B., buceando como un investigador social, se ha preguntado a sí mismo ante los millones de espectadores: «¿No estará el mal en nuestro tipo de cultura?»

No es el primero en formularse esta pregunta. Hay una literatura norteamericana en este sentido. Esta es la intención de una novela de Salinger, un escritor contemporáneo, al describir una serie de personajes víctimas de la publicidad, de la fama, de la competencia...

Por último, M. B. se quejó de los privilegios abusivos de que venía disfrutando simplemente por el hecho de ser un famoso. «Si entro en un restaurante y las mesas están ocupadas, alguien debe sacrificarse por mí... Si tengo que ir a Alaska y no hay plazas en el avión, alguien debe sacrificarse por mí... Es el sistema americano de vida...» M. B. anunció que pronto se retiraría del cine.

C. ALONSO DE LOS RIOS

# CONTRADICCIONES CAPITALISLAS

UN magnate de la industria del petróleo, gerente de la segunda empresa mundial de este producto, ha declarado recientemente en Inglaterra que «la actitud de ciertos Gobiernos hacia la libre empresa es de recelo y desconfianza, casi de miedo». Añadiendo, además, en forma tajante que «hasta que se reforme esta actitud, el comercio y el capital no se desarrollarán jamás en grado de libertad suficiente, si hemos de lograr cuanto es preciso. Creo —añadió— que una correcta comprensión del papel del Gobierno es que debe ser a la vez promotor y encauzador de las energías «espontáneas» del pueblo». (El subrayado es nuestro.)

Las palabras de esta personalidad del mundo financiero internacional nos sumen en la perplejidad, porque precisamente el grado de intervención que viene estando sometido el petróleo es tan patente que no habrá ningún apologeta del capitalismo capaz de encontrar argumentos para justificar la intervención. En éste, como en tantos otros casos, no se podrá invocar a esos «elichés» un poco envejecidos, ésta es la verdad, en los labios de quienes abogan por la libertad con todas sus consecuencias. El monopolio petrolero representa más gráficamente que otro cualquiera la vinculación de los medios de producción a los intereses de unas cuantas compañías financieras internacionales, en un grado de intensidad como no se ha conocido nunca. Veamos, muy brevemente, las realidades escuetas.

La industria del petróleo, en sus cuatro fases, es decir, en la

prospección-extracción, en el transporte, en el refinado y en la distribución, está para el mundo entero (salvo en los pueblos soviéticos y las democracias populares) dominada por muy pocas manos. Las siguientes sociedades, relacionadas por orden de importancia, se encargan de producir y suministrar el petróleo, y su control, como

industrias favorece, aunque sólo sea indirectamente, a los países y regiones portadores del precioso y codiciado líquido, pero ¿es así en la realidad? Para ejemplo, ahí van unas muestras. En Irak, las reservas son explotadas por tres sociedades británicas; en la Arabia Saudita, la compañía única es una filial común de tres empresas americanas; otro tanto sucede con el petróleo del Sahara, y así sucesivamente. El nivel de vida de los pueblos no ha conseguido sustantivas mejoras con estas potenciales fuentes de riqueza; los pozos logran beneficios extraordinarios que van en su mayoría a las manos de las sociedades concesionarias y el resto, en concepto de canon, royalties y permisos tampoco se despraman demasiado. Sucede, pues, que los recursos naturales de los pueblos se explotan para la ganancia de muy pocos. Unos se llevan la tajada del león, mientras que cuidan de repartir entre otros privilegiados —muy reducidos— su parte en el negocio. La miseria de las masas adquiere caracteres sombríos en muchos pueblos orientales, en tanto que ciertos personajes viven en un inacabable cuento de «Las mil y una noches» a cuenta del petróleo.



veremos, es plenamente absoluto. Se trata de las siguientes compañías: Standard Oil Company of New Jersey, de Estados Unidos. Royal Dutch Shell, de Inglaterra-Holanda.

## DEL DICHO AL HECHO

Socony-Mobil Oil, de Estados Unidos. Gulf Oil, de Estados Unidos. Texas Company, de Estados Unidos. British Petroleum, de Inglaterra.

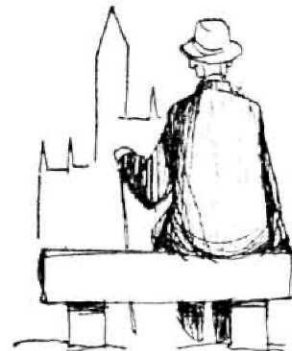
Standard Oil Company of California, de Estados Unidos.

Compagnie Française des Pétroles, de Francia.

Podría suponerse que estos colosos de la industria mundial forcejean entre sí por conseguir mercado, luchando competitivamente por las consabidas premisas del capitalismo: a mayor producción más abaratamiento, la supervivencia indicará el favor popular, etc., etc., pero la realidad es totalmente diferente. Existe un auténtico «cartel» del petróleo. Las afinidades entre las compañías «son directas y las condiciones de precios y de mercado son fijadas conjuntamente. ¿Dónde queda, pues, la competencia? Se podrá argüir que la enorme riqueza que pone en marcha el dispositivo gigantesco de estas

Nos parece chocantes, a la vista de lo expuesto, las curiosas afirmaciones de la celebridad financiera opinante. Y ello, si fuera excepción, resultaría contradictorio e incluso divertido, pero desgraciadamente resume todo un estado de opinión, común a una ideología que podrá convencer con la fuerza, no con el razonamiento. La marcha de la economía libre sólo conoce una meta: el monopolio, digan lo que quieran los entusiastas de la idea. Cuando se habla de que hay que conseguir el máximo grado de libertad económica, esto hay que tenerlo muy presente.

Cuando el monopolio se manifiesta en pueblos ya desarrollados, las condiciones revisten mayor benignidad, puesto que hay riqueza para repartir, un grado de madurez y responsabilidad en las clases productoras y una intervención oficial que busca la atenuación de las desigualdades sociales. Pero donde el monopolio adquiere mayor virulencia es en los pueblos en trance de subdesarrollo: los monopolios, las concentraciones de capital y los abusos se realizan, casi siempre, a cuenta de este subdesarrollo. El desnivel —mucho más irritante. Porque en los pueblos prósperos —valga esta comparación— se podrá perdonar que



un millonario gaste su dinero en la Costa Azul o colecciona yates, siempre que el resto de los ciudadanos tengan fácil acceso a un modesto coche utilitario y sus necesidades estén cubiertas. Pero lo que ya no se olvida es la facilidad para ganar, gastar y corromper de unos grupos, a costa de las privaciones e incluso de las miserias de núcleos bastante numerosos. El concepto histórico del capitalismo no varía fundamentalmente, pero al mudar la especie se alivia la injusta situación.

En tanto subsistan condiciones de privilegio, nos parece casi normal que quienes se benefician de estas condiciones prosigan haciendo su agosto; pero es poco sensato que se hagan su propaganda en forma tan poco inteligente. Porque, la verdad, se les ve el plumero desde muy lejos.

J. J. L.

MIGUEL ANGEL PASTOR

# OTRO PASO HACIA EL FINAL, EN SUDAMERICA

Un nuevo golpe de Estado militar en América Latina acaba de derrocar en Ecuador al Presidente Arosemena. En Guatemala en vísperas de las elecciones y para evitar un seguro triunfo de Raul Haya el propio presidente preparó la comedia de otro golpe de Estado. Y así va América.

Este golpe militar del Ecuador, de que hablo, tratará ahora de echar otro remiendo de fuerza a una situación intolerable para la mayoría del país. Y esta mayoría, de una manera subrepticia, se sentirá cada día más ganada por el castrismo. El Ecuador participa, como los restantes países sudamericanos, de las mismas intolerables condiciones de vida y de estructura. El 45 por ciento de la propiedad agraria está compuesta por fincas que sobrepasan las mil hectáreas. Y estas propiedades pertenecen a un minúsculo número de grandes propietarios. El país depende en un 70 por ciento de sus exportaciones de bananas y posee un 44 por ciento como índice de analfabetismo. El índice de mortalidad infantil y de infralimentación es aterrador. Y este pueblo es el que oye hablar de la revolución cubana contada con todo el fuego de una novela de aventuras y todo el encanto de un cuento de hadas.

Por lo pronto el comunismo no es todavía un movimiento de masas. Se reduce al momento a ser un movimiento de minorías, intelectuales sobre todo. Pero la miseria es el gran caldo de cultivo sobre el que actúan esos intelectuales. Y el marxismo se presenta a los ojos de los sudamericanos no ciertamente como un movimiento político, sino, sobre todo, como una concepción de la vida, según la cual el miserable deja de serlo para convertirse en hombre. Esta es la gran mecha encendida. Es inútil que se den golpes de Estado y se mantengan las situaciones de fuerza. El pueblo las soporta y hasta puede aplaudirlas, pero la exasperación de la miseria y el odio que esta acumula en los individuos extallarán un día.

Ya se sabe que todos los Gobiernos dicen de sí mismos que mandan en nombre del pueblo, pero en ninguna parte como en Sudamérica se echa de ver más claramente un divorcio tan

grande entre Gobiernos y pueblo hasta el punto de que muchos de sus gobernantes y sus diplomáticos nos parecen unos cínicos o unos inconscientes, cuando se nos quiere mostrar como mandatarios y representantes de sus países. Naturalmente representan solamente a una clase social de esos mismos países. La clase que detenta las grandes fincas, que comercia con las grandes empresas americanas y hasta se dice también cristiana, que es una cosa que compromete a todo, pero que tal como lo entienden muchos señores significa sólo que se es de buena familia.

Los comunistas que fabrican estas minorías egoístas y ciegas son, con mucho, infinitamente mayores en número y más atrevidos en convicción que los que lanzan cada año Moscú, Varsovia o Pekín desde sus Universidades. Pero gracias a los golpes de Estado pueden todavía esas minorías seguir disfrutando sus vergonzosos privilegios. Y en cuanto un político recto y honesto, convencido de la necesidad y la justicia de las reformas sociales, trata de llevarlas a cabo, el camino es acusarle de comunista y derrocarlo. Esta es la alegre farsa y el triste drama americano, que se precipita a su terrible desenlace. La misma Administración del Presidente Kennedy está consciente de ello y ha comenzado a tomar distancias y a negar colaboración a los Gobiernos minoritarios o dictatoriales, a dificultar incluso el tradicional trasiego de capitales por parte de muchas compañías privadas.

Por todo ello cada golpe de Estado nos parece un paso más hacia la catástrofe. La insatisfacción creciente del pueblo, el fracaso de los regímenes económicos, el fracaso de los sistemas políticos oligárquicos, la pérdida de confianza de las mismas clases dirigentes que comienzan a sentirse vencidas, la toma de conciencia por parte de las masas de la injusticia de su situación, los grupos intelectuales revolucionarios y la guerra fría y el consiguiente «shok» que ha significado la revolución cubana son síntomas más que alarmantes para cualquier observador impar.

¿Por qué se está empujando al pobre peón americano a echarse en brazos de la revolución violenta? ¿Por qué América Latina está condenada a elegir entre el hambre con libertad o la saciedad en la esclavitud política? Es un falso dilema, pero también la única opción. Salvo que esos pueblos soporten a la vez una dictadura atroz y un hambre horrible.

Sin embargo las grandes revistas traen solamente magníficas vistas de Sao Paulo o pretenden que nos emocionemos con las maravillosas labores de los indios de Ecuador y Perú. Un periodista inoportuno, pero insobornable, le decía hace poco a un embajador de una República sudamericana que mostraba una de estas labores indias como una propaganda de su régimen: «¿Qué maravilla, señor embajador! ¿Lo que harían los indios, si comieran!»

# EL CABALLO DE TROYA